

NOCIONES DE LO SAGRADO EN EL POEMA *LÁPIDA*, DE BENJAMÍN VALDIVIA

NOTION OF THE SACRED IN THE POEM *LÁPIDA*
BY BENJAMÍN VALDIVIA

Olvera Ponce, Andrés*
Universidad de Guanajuato
México

Resumen

En este breve texto se pretende hacer un esbozo de la noción de lo sagrado en el poema *Lápida* (Valdivia, 2010, p. 257), idea que se caracteriza, por lo menos, en expresarse en dos aspectos: uno en los fenómenos de la naturaleza y el otro, como fiel eco del primero, en el interior del hombre. Dicha ideación de lo sagrado encuentra en el lenguaje poético su lugar natural, según dice Heidegger. La importancia de ubicar y determinar esa noción de lo sagrado en este poema radica en que, en pleno siglo XXI, que es un tiempo distinguido por cierto agnosticismo, se reconozca la presencia de lo sagrado, no como un concepto vacío y alejado de la vida, sino como algo actual, a tal grado que el poema sea capaz de conmocionar, como en los tiempos antiguos, el alma del oyente o del lector. Es parte principal de este texto el reconocimiento que se hace de la presencia de lo sagrado en el mundo de hoy, que no sólo se manifiesta en los grandes fenómenos naturales, sino también se encuentra en situaciones que parecieran pequeñas o sin importancia.

Palabras clave: Sagrado, poema, naturaleza, interioridad, agnosticismo

Abstract

In this brief text we intend to make an outline of the notion of the sacred in the poem *Lápida* of Benjamín (Valdivia, 2010, p. 257), an idea that is characterized, at least, in expressing itself in two aspects: one in the phenomena of nature and the other, as a faithful echo of the first, inside man. Said ideation of the sacred finds its natural place in poetic language, according to Heidegger. The importance of locating and determining that notion of the sacred in this poem lies in the fact that, in the XXI century, which is a time distinguished by a certain agnosticism, the presence of the sacred is recognized, not as an empty concept and far from life, but as something current, to such an extent that the poem is capable of shocking, as in ancient times, the soul of the listener or the reader. A main part of this text is the recognition that is made of the presence of the sacred in today's world, which is not only manifested in great natural phenomena, but is also found in situations that seem small or unimportant.

Keywords: Sacred, poem, nature, interiority, agnosticism

*Doctor en Artes. Obtuvo también grados de Licenciado y Maestro en Filosofía en la Universidad de Guanajuato, en la que labora desde 2015. Ha participado en proyectos de escuelas de calidad, de interculturalidad y de educación indígena. Ha participado en la organización y docencia en el Doctorado Iberoamericano en teorías estéticas. Su artículo "La expresión en imágenes en Hegel y Hölderlin" forma parte del libro colectivo *La muerte de Venus. La fragmentación en la estética actual* (2004). Es autor del libro de relatos *Viñetas Doloreses* (2009). Correo: a.olveraponce@ugto.mx

Finalizado: México, Febrero-2022 / **Revisado:** Mayo-2022 / **Aceptado:** Junio-2022

En la vida, quizás alguna vez nos hemos sentido estremecidos al leer o escuchar un poema. Algunas reacciones pueden ser una lágrima, el nudo en la garganta, o esa sensación de un hueco en el estómago, entre otras evidencias físicas. A eso es posible agregar reacciones interiores como el asombro, el silencio y una sensación en la que se percibe una especie de congelación de la atmósfera, de tal manera que el ambiente puede verse como si estuviera surcado por nervaduras, debido a una especie de rayos luminosos y tronantes que por efecto del sonido del poema mostrara lo denso de la atmósfera. ¿Cuál es ese poder presente en la poesía capaz de conmover el alma del oyente?

1

En un mundo en el que la técnica se muestra dominadora, como producto de la visión utilitarista, Heidegger, sirviéndose de la poesía de Hölderlin, subraya la pobreza de la época actual, que consiste en la ausencia de lo sagrado. Pero, a la vez, señala a los poetas como los únicos que sienten esa falta y siguen esas huellas que casi se desvanecen en el presente. Porque, dice Heidegger, la época contemporánea sufre una doble penuria: por un lado, es pobre a causa de la muerte de Dios; pero también por la incompreensión de los mortales al desconocer su propia esencia, que consiste en conocer su propia mortalidad. El misterio de esa mortalidad lo sitúa el filósofo alemán en el lenguaje, lo que equivale a decir que el hombre es pero también deja de ser, porque es lenguaje. Tal esencia del hombre radica en el lenguaje, pero no en cualquiera, sino en el poético. Así lo señala ese filósofo al indicar que “La palabra del rapsoda preserva todavía la huella de lo sacro.” (Heidegger, 2010, p. 203).

En esa idea parece recuperar Heidegger lo dicho por Platón, quien señalaba en uno de sus diálogos que la poesía nace en lo divino: El dios instruye a las musas; la musa inspira al poeta; este, al declamador, que la hace llegar al oyente. Tanto la creación como su eco divino en labios del rapsoda tienen un solo

propósito, que el filósofo griego señala en el diálogo *Ion*: “son los órganos de la divinidad que nos hablan por su boca”. (Platón, 1969).

En ese orden de ideas, el dios tiene presencia viva en el poema; y ese retumbar divino está vibrando en cada uno de los anillos de la “cadena de imantados” (Valdivia, 1993, pp. 44-47), las musas, el poeta, el declamador y el oyente. Como lo diría el bardo al momento de compartir su idea de poesía:

La poesía es este ruido poderoso,
los crepitares de la recomposición de
lo borrado indeleble. [...]
En sus cadenas de ignición
lo esclavizado se libera;
por sus labios enmudecidos un todo
se proclama.
[...] voz de lo eterno, efímera luz que
no hemos recordado. (Valdivia, 2010,
p. 381)

2

Si lo sagrado está presente en el poema, el poema es la voz de lo divino; por lo tanto, el lenguaje poético es un lenguaje sagrado. Pero qué es lo sagrado, qué relación mantiene con lo divino, y qué tiene que ver con el enigma y el misterio.

María Zambrano identifica una indiscutible relación oculta entre lo sagrado y lo divino al señalar que, en primera instancia, lo sagrado es lo divino no revelado aún. (Zambrano, 2012, p. 28). A partir de ahí podríamos decir que lo divino es lo sagrado que se ha manifestado; es lo conocido, lo sagrado domesticado, es decir, eso que ha sido hecho al modo de los hombres y por ello es reconocido como parte del grupo humano y, de alguna manera, ha perdido la posibilidad de dañar al ser humano. Por otro lado, Zambrano describe a lo sagrado como lo que hace que las cosas sean, la fuente de la realidad; y, en tanto origen, Zambrano dice que lo sagrado es algo anterior a las cosas, es la irradiación de la vida que emana de un fondo de misterio; es la realidad oculta, escondida, primitiva, originaria. (Cfr. Zambrano, 2012).

De acuerdo con Zambrano, lo sagrado es la fuente de lo divino y lo divino es la cara familiar de lo sagrado; por consecuencia, lo sagrado podría decirse que es lo no domesticado, lo salvaje, lo indomable, lo más parecido a una fuerza que muestra su poder en diversas ocasiones y está presente en muchos contextos. Muestra su poder en la erupción volcánica, en la magnitud cósmica, en el temblor, en el torrente de agua que arrasa con todo en la playa, pero también se encuentra en la manifestación destructiva del ser humano al cometer actos que cuesta trabajo reconocer como procedentes del hombre. En consecuencia, es posible reconocer por lo menos dos fases en lo sagrado: por un lado, lo divino, que es lo sagrado domesticado, la cara bondadosa, amorosa del dios que no duda en sacrificarse por el ser humano; por otro lado, la fase oscura o lo sagrado indomable, que se identifica por la destrucción como efecto del poder de los fenómenos naturales, incluida la que nace de la mano del hombre, que a fin de cuentas es un ser natural.

Sin embargo, hay que señalar que lo sagrado se caracteriza por ser de una naturaleza doble porque es a la vez trascendente e inmanente al ser humano. Es como lo reconoce Plotino acerca de la naturaleza de las almas humanas: viven en la tierra, pero jamás pierden contacto con su hogar celeste. De ahí la naturaleza mixta del ser humano como terrestre y celeste, lo cual nos daría una visión de lo sagrado como una gama en la cual en su fase de lo divino es lo sagrado más cercano —y por eso cotidiano—, lo más inmediato, lo que convive con más frecuencia con los seres humanos, mientras que, por otro lado, lo sagrado indomable sería lo más lejano al hombre, el poder desconocido, lejano y supremo. O, como ya se decía: lejano e inaccesible como un dios.

Lo sagrado se caracteriza como lo que rebasa al ser humano, lo que no puede controlar, lo que está más allá. Ejemplos de lo sagrado serían aquellas entidades inextricables o sus procesos: la vida, el sol,

la muerte, el amor. Y lo son porque suceden a pesar de la voluntad del sujeto y no les importa ningún rasgo particular del individuo. El sol, como reza el dicho, calienta lo mismo a ricos y pobres, a mujeres y hombres, a niños y ancianos, a malos y buenos. Lo mismo con la muerte, que abduce a todos sin distinción y, al igual que el sol, llega con una puntualidad tremenda: ni un segundo más, ni un segundo menos. Podría decirse que un rasgo de lo sagrado es su sistematicidad y su alcance democrático, en el sentido en el que hemos apuntado. Así, como indomabilidad sagrada, la vida avanza. A pesar de lo que le suceda al individuo, aunque se encuentre en medio del dolor, la desesperanza o la tristeza, la vida sigue.

Por el pasmo que produce su inefabilidad, el ámbito de lo sagrado es el misterio. En algunas ocasiones se ha confundido con el enigma, pero hay que decir que ambos se refieren a ámbitos diferentes, pues el misterio hace alusión a algo con lo que se puede convivir pero jamás se entrega, en tanto que el enigma se entrega, se resuelve al fin. Para ilustrar el enigma se puede citar lo que planteó la Esfinge a Edipo

Recordemos que la Esfinge se representa como un monstruo con rostro de mujer, patas y cola de león, y alas como ave de rapiña. Antes de destrozar a los viajeros, les imponía acertijos difíciles de resolver, con la condición de que si los respondían, no los devoraría. Todos fallaban en tan ardua empresa, hasta que llegó Edipo a quien le planteó los siguientes enigmas.

El primero se expresa en la pregunta de quién es el único ser de entre todos los habitantes de la tierra, las aguas, el aire, que tiene una única naturaleza, pero posee dos pies, tres pies y cuatro pies, y es más débil cuantos más pies posee. El segundo de ellos era planteado en la pregunta de quiénes son las dos hermanas, una de las cuales engendra a la otra, y esta a su vez engendra a la primera. En el primer enigma, la respuesta que salva la vida de Edipo es que se trata del Hombre,

pues gatea cuando niño, camina de adulto y de viejo anda con bastón. La respuesta al segundo es que esas hermanas son el día y la noche (recordemos que, en griego, *eméra*, ‘el día’, es femenino). Como podemos darnos cuenta el enigma al final se resuelve.

Por su parte, el misterio no tiene solución, nunca se soluciona. Misterios son la vida, la muerte. La vida nos vive todos los días, somos parte de ella lo mismo que la muerte: en cada rincón del universo conocido hay muerte y vida. Ambas se experimentan, se convive con ellas, pero no se ha llegado a su solución. Por eso se dice que el misterio es el contexto en el cual se desarrolla lo sagrado porque se puede vivir pero no se entrega su solución.

3

Lo sagrado al alcance del ser humano

Lo sagrado, como un algo que es imposible de alcanzar o que permanece ajeno a las tribulaciones de los mortales, ha sido ilustrado en líneas anteriores mediante ciertos ejemplos. Sin embargo, lo lejano y difícil de alcanzar parece un fenómeno ajeno a la historia humana pues, en la mayoría de las mitologías, los dioses están en relación directa con los seres humanos.

Si el dios fuese sordo a las solicitudes de los hombres, no existirían aquellos eventos que tienen como objetivo pedir, o agradecer por un favor recibido. Entre tales sucesos se cuentan, por ejemplo, las peregrinaciones que con cierta periodicidad se realizan en grupo o en solitario a determinados lugares reconocidos como aquellos en los cuales habita la presencia sagrada. Hechos similares que cumplen el mismo fin son las entregas de los mejores ejemplares de la primera cosecha, o de la primera camada, a los sacerdotes. Que sea cada vez menos la frecuencia con que se realizan esas actividades es un asunto también que no se puede negar, situación que obedece entre otras cosas a la tendencia de algunos de los ministros religiosos por mostrar en menor medida los rasgos propios de un

pontífice como podrían ser la misericordia, la humildad, la templanza, la generosidad y por consecuencia esos ministros se muestran sin ninguna diferencia relevante ante los miembros de sus comunidades. Pero, por lo pronto, lo que importa es dejar en claro que a lo largo de la historia existen ejemplos de la estructura de comunicación entre los dioses y los humanos.

En este ámbito de comunicación hay varias formas y recursos para buscar el contacto con la divinidad: por ejemplo la danza, la música, la pintura, etc. pues por alguna desconocida razón el arte tiene el poder de atraer y retener lo sagrado, tal como lo dijo Plotino en las *Enéadas*. En ese contexto neoplatónico, la imagen de una cosa siempre está dispuesta a recibir la influencia de su modelo.

Los antiguos sabios que han querido obtener la presencia de los dioses, construyendo templos y estatuas, me parecen haber contemplado la naturaleza del universo. Ellos han comprendido que siempre es fácil alcanzar el alma universal, pero que es particularmente fácil retenerla, construyendo un objeto dispuesto a recibir su influencia y su participación. Pero la representación en imagen de una cosa está siempre dispuesta a recibir la influencia de su modelo; ella es como un espejo capaz de captar una apariencia. (Quiles, 1987, p. 69).

En ese orbe, la palabra siempre ha sido uno de los medios preferidos en el intento de entablar comunicación con lo sagrado. Por ejemplo, pidiendo el apoyo para llevar a buen fin una empresa, como lo hizo Homero en el principio de la *Iliada*:

Canta, oh diosa, la cólera del Pelida
Aquiles

O la *Oración de Maimónides*,¹ en la cual el médico se dirige a la divinidad, que se le reconoce como el sabio creador del cuerpo

¹ Se dice que esta *Oración* fue escrita por Maimónides. Se supone que fue recuperada por el médico alemán Marcus Herz, quien la publicó en 1793 como “Oración diaria de un médico antes de salir a visitar a sus enfermos”.

humano; a la vez, reconoce que ha depositado en el hombre la sabiduría para aliviar el dolor de sus hermanos, diagnosticando la enfermedad, elegir la sustancia que la cure, y prepararla y aplicarla de la mejor manera para aliviar al enfermo, entre otras cosas. En general, es un diálogo entre el médico y lo divino para que le apoye en esa tarea de curar basándose en el amor a las creaturas y en lo aprendido.

La comunicación con lo trascendental también sucede en el poema, pues una de sus características generales es el sugerir las cosas, con lo cual se torna en objeto polisémico, abierto, que adquiere su sentido tanto por la manera como sucede, así como por la experiencia que fue recibida por el poeta, coloreada por su semiosfera particular y concreta, pasando por ese filtro cultural que se llama umbral étnico, se manifiesta en un poema figurado y matizado por ideas y creencias puestas en lenguaje.

El poema de Benjamín Valdivia, *Lápida*, se ha seleccionado porque muestra su idea de lo sagrado, de eso trascendente que se desarrolla, funciona y actúa independientemente de la voluntad humana.

Es un poema que forma parte del libro *Paisajes transparentes* (2005). Se compone de cuatro versos de arte menor y, como rasgo sobresaliente, la música del poema semeja la lenta caída de la hoja, música que nos la proporcionan las vocales fuertes: a, e, o. Veamos enseguida el texto señalado:

LÁPIDA

Una hoja
de álamo ha cubierto

el cadáver
de un grillo. (Valdivia, 2010, p. 472)

Al pronunciar las vocales fuertes y débiles en el poema parece escucharse el tenue paso de la hoja al caer en el espacio que hay del álamo al piso. Escuchemos:

Una hoja ua-oa
de álamo ha cubierto e-áao a uieo

el cadáver e- aáe
de un grillo e-u io

Ahora bien, el poema describe un hecho que podríamos señalar como natural y cotidiano, o al menos teñido de cierta trivialidad: una hoja de álamo cae y cubre el cadáver de un insecto muerto, un grillo. Podría decirse que el tema del poema es la muerte, que, como se dijo líneas arriba, es para los vivientes algo que necesariamente sobreviene.

Desde el principio llama la atención la palabra que le da título al poema: *Lápida*, que se relaciona directamente con un acto que es particularmente humano: enterrar a sus muertos. Dicho acto se acentúa porque, por lo general, en la losa funeraria se inscriben ciertos datos que permitan la identificación de quien está sepultado allí.

La lápida, para cumplir su labor selladora de destinos, puede ser de distintos materiales como el mármol, granito, pedernal o cemento. En todos los casos, su dureza y perduración determinan su valor para quienes la instauran como cierre definitivo y permanente de una tumba. Pero, en este caso, al leer el poema nos damos cuenta de que la lápida, lo que funge como cubierta, es una hoja de álamo que cubre al pequeño insecto, al que generalmente no le ponemos mucha atención. Más allá de su existencia natural, al grillo puede atribuírsele, en el orbe cultural, la función de consejero, o de amuleto, o de cantor, como sucede en varios relatos infantiles.

Con su circunstancia biológica o simbólica, dentro del gran drama de la vida de nuestra civilización, que se caracteriza por su antropocentrismo, al grillo no se le atribuye mucha relevancia, sino más bien cierta indiferencia o, incluso, menosprecio. Es indudable que todos los días mueren insectos, por diversas causas; y aunque desconozcamos la causa del fallecimiento de este grillo en particular, su muerte es cierta y alcanza la

dignidad de ser considerada en el poema. Por cómo está expresado, suponemos que se trata de un acto más o menos reciente, pues en el medio natural en que se ubica ya otros competidores de la cadena alimenticia lo hubieran devorado.

El insecto muere, pero es relevante lo que suscita: su muerte, que podría situarse en las proximidades de un álamo es cubierta por una hoja, la cual pudo haber caído en cualquier otro lado, pero precisamente coincidió allí: cubre el cadáver.

En dicha coincidencia de hoja y grillo encontramos la clave del poema para señalar la presencia de lo sagrado, pues la expresión *ha cubierto* entraña un acto intencional —incluso ritual— que ha sucedido en la naturaleza y, por lo tanto, lejos y ajeno de la voluntad humana, rasgo que hemos señalado como algo propio de lo sagrado. Tal como dice el proverbio: el sol sale todos los días e ilumina y calienta a pobres y a ricos, independientemente de su posición social, etc. Que el acto natural asumido en el poema puede ser una coincidencia, sí, pero de manera similar a como se dice del milagro: es el efecto de una ley que desconocemos.

Se podría decir, que ese evento del cadáver del grillo no tiene la majestuosidad de fenómenos naturales como los terremotos, tsunamis, erupciones volcánicas o huracanes. Es cierto en cuanto a su monumentalidad. Pero hay que tener en claro que otro de los aspectos de lo sagrado es que se presenta *en lo pequeño*, en el milagro de las cosas que son cotidianas como la vida misma. O como la muerte, de la que a diario tenemos noticia aunque no la comprendamos.

En esa expresión que dice *ha cubierto* se deja ver la conmoción que ese sencillo acontecimiento produce en la naturaleza. Provoca una acción: cubrir, proteger el cadáver de ese grillo. Parece que la hoja, al cubrir, cumpliera una misión cósmica. Esa acción natural y ritual puede decirse originada por las distintas deidades que están a cargo

de los bosques, como en varias religiones arcaicas. O quizás es una ocupación de la Deidad Única de las religiones monoteístas.

Ambas opciones son posibles, pues el poema implica una idea de lo divino en que participa un dios que está en todo tiempo y lugar, por lo cual es válido deducir que la muerte de *ese* grillo no le sea algo ajeno. Y no es contradictorio, por otra parte, admitir que la idea de la divinidad del bosque participe con una fuerza particular, como con las ninfas que cuidan de los campos, o, específicamente, seres elementales naturales que hacen coincidir la hoja desprendida del árbol con el cuerpo del grillo, desprendido ya de la vida.

Por otro lado, aunque será motivo de otras observaciones, ese hecho coincidente del movimiento de la hoja inerte que ha cubierto la fijeza inerte del cadáver, que para muchos pasaría desaparecido, para el poeta no es así, pues, como lo señalaba Heidegger, el poeta es alguien a quien hace guiños lo sagrado. Atendiendo a su particular concepción de *Aletheia* como el modo de ser del Dasein en que se da en la verdad, el Dasein —en este caso el poeta que *está allí*— se mueve como un des-ocultador de las cosas: los entes son iluminados por el Dasein, que trae a la luz a las cosas mismas. (González Bernal, 2017, p. 23). En tal caso, el poeta pone en descubierto esa convergencia vital de la muerte en un punto incomparable del espacio y del tiempo con un halo de sacralidad.

Breves conclusiones

Para concluir estas notas acerca del poema *Lápida*, de Benjamín Valdivia, se pueden señalar tres cosas:

* Lo sagrado es un fenómeno vivo hasta la actualidad y próximo al ser humano. Por ello es un fenómeno que está presente no solo en las aparentemente frías, lejanas y sordas esculturas representadoras de lo divino que se encuentran en los templos, sino que su energía también se puede identificar en las realidades

que rodean continuamente al ser humano y que escapan a su control y deseos.

* En tanto es lo sagrado ese fenómeno presente en muchos de los ámbitos del ser humano —en este caso la poesía— y que rigen su tiempo social y natural, es un fenómeno que se puede pensar como una gama de luz, cuyo rostro más conocido es lo divino y lo más lejano es ese poder que nos rige y que se manifiesta en forma de vida y muerte.

* Lo sagrado se revela, además de en los magníficos fenómenos cósmicos y de la naturaleza, en las cosas pequeñas de la vida. Y está al cuidado y pendiente de los seres más humildes, como lo puede ser el cadáver de un grillo con una hoja por lápida.

En ese misterio que es la poesía, tal como lo han señalado muchos autores a lo largo de la historia, los poetas intuyen —o son vía—, hoy como ayer, de la presencia de lo sagrado. Y atienden a su llamado, como lo señalara Heidegger, tal como se ratifica en el poema que revisamos: el sentido de lo sagrado encuentra en la poesía su ámbito más natural.

Bibliografía:

- González Bernal, Edith. (2017). *Místicas medievales. El rostro femenino de la teología*. Colombia. Pontificia Universidad Javeriana.
- Heidegger, Martín. (2010). *Caminos de bosque*. Madrid, Alianza Editorial.
- Platón. *Ion o de la poesía*. (1969). Obras completas. Madrid, Aguilar.
- Quiles, Ismael. (1987). *Plotino, el alma, la belleza y la contemplación*. Buenos Aires, Depalma.
- Valdivia, Benjamín. (1993). *Indagación de lo poético*. México, Tierra Adentro.
- Valdivia, Benjamín. (2010). *Interpretar la luz. Poesía reunida 1983-2005*. México, Instituto Cultural de Aguascalientes.

Zambrano, María. (2012). *El hombre y lo divino*. México, FCE.